



NOVELA

PERRO LADRANDO A LA LUNA



LILIANA DÍAZ MINDURRY



Díaz Mindurry, Liliana

Perro ladrando a la luna / Liliana Díaz Mindurry. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2015.

144 p. ; 20 x 14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-50-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

AGOSTO 2015

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Cuadro de tapa: Joan Miró, *Perro ladrando a la luna*.

Contacto con la autora: lidimienator@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

LILIANA DÍAZ MINDURRY

PERRO LADRANDO A LA LUNA

-NOVELA-

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

I am telling the same story over and over

William Faulkner

*hay un perro ladrando a la luna nada más que un perro ínfimo
una escalera en la noche como para subir a ninguna parte si es
que se trata de subir es un perro como el triste el que sabe
que nunca es eso que la verdad se ha ido o es lo que siempre
está en otra parte que cada relámpago puede ser una joya o
nada bajar o caerse puede ser descubrir que no habrá más
encantamientos o que ya es la noche del Reino aunque
más que un relámpago que es un simple perro como cualquier
otro una luna cualquiera de cualquier mundo una escalera
para subir o*

Eso encuentran, así manuscritas, manchas, sin puntuación, borroneadas, con hojas cortadas. No leen español. Es una agenda vieja de los años setenta, en forma de libreta milagrosamente intacta. Hay también un pasaporte a nombre de Luciana Barthe. El cuerpo, irreconocible, está cerca del agua, parece haber rodado. También hay en la agenda una postal con un cuadro de Miró, un perro, una escalera, la noche, una luna finita. El perro es un poco divertido, ingenuo como el de una historieta.

Alguien dice: *On dit qu'il va faire froid.* Y otro: *Il y a beaucoup de brouillard.*

Está amaneciendo.

PRIMERA PARTE
Buenos Aires- París- Barcelona

Ibant obscuri sola sub nocte per umbran

Virgilio

Hay un perro, nada más que un perro ínfimo, habría que empezar con esto antes, un perro en plena noche, colgado de la noche, una noche pésima habría que aclarar, una infame noche licuándose, probablemente en plena lluvia y la escena está en un cuadro de Joan Miró, mejor dicho en la cabeza de la mujer a la que llaman (o llamaron alguna vez) “Malahierba” o Luciana Barthe, como a cada cual le guste decir, que guarda ese cuadro en la cabeza y lo guarda por alguna razón, ella está haciendo la cola en el aeropuerto de Ezeiza para control de pasajes, arrastrando un bolso negro con rueditas y uno rojo, sostenido en el brazo izquierdo, bolso que imagina que no será despachado (contiene lo más importante), mientras que el de rueditas (el que será despachado en su fantasía) guarda lo que es posible prescindir: libros, carpetas, porque en sus excelentes previsiones, el de rueditas puede perderse en el aeropuerto Charles De Gaulle, en lugar de ir a Barcelona, o peor aún, ir a parar a Oslo, El Cairo o Moscú. Acaba de comprar un reloj y mira la hora. Z, el amigo que la acompaña, siempre hay un amigo en alguna parte que no tiene nada que ver con nada, Z, repito, ya le ha comentado, mejor, Z le acaba de advertir- de qué sirven las advertencias- que pasará justo al revés y que van a despachar el bolso rojo y no el de rueditas. Luciana Barthe o Malahierba, como se la prefiera llamar, sigue llevada por lo oscuro de su pensamiento, que está absolutamente en otro mundo -la escalera en la noche pésima, el perro, la luna en cuarto menguante, el paisaje lastimado, que se escapa de cualquier control, algo que viene empujado desde algún lugar remoto de ese caos que, para ponerle un nombre, algún infeliz lo llama inconsciente, hasta que en algún momento, Z o como se llame (Z nada tiene que ver con nada: está allí como si no estuviera), tiene razón, le dicen que el bolso rojo será el despachado y hay que pasar las circunstancias absurdas, transferir las cosas de un bolso a otro, perder el lugar en la cola, pedirle a Z que vaya a cambiar dólares por pesetas, para que ella realice la ceremonia ridícula: sacar ropa

interior, camisones y medias ante el escándalo de una señora de anteojos o de un yanqui adventista lleno de santa ira.

Es una ecuación mal hecha.

En ninguna parte sucede lo cierto o la verdad siempre está en otra parte, dice Malahierba recordando lo que oyó en alguna conferencia, o no lo dice y lo piensa, o lo quiere decir. Ahora queda desenrollar las idioteces consabidas hasta las diecisiete y treinta, vuelo mil setecientos veinticinco de Air France con destino al aeropuerto Charles De Gaulle, más idioteces consabidas, seguir carteles, sentarse en sillas, esperar, *il arrive avec une heure de retard*, mostrar papeles a caras distraídas, *voici votre carte d'embarquement*, mientras otras caras distraídas hacen lo mismo, *vos billets et passeports*, exacta y puntualmente lo mismo, hasta la galería sinuosa que lleva al avión. Vuelo mil setecientos veinticinco de Air France. Se la va cayendo la mirada

la realidad peligrosa de un perro, de un lugar imantado

la figura brillante en el centro de los ojos, la escalera, Joan Miró. Ha visto el cuadro en algún museo, pero en Barcelona es seguro que no está. En realidad no ha visto el original sino una reproducción en cierta casa, pero no desea recordar en qué casa, no en ese momento, jamás en ese momento, no definitivamente y dije que no. El aire, las paredes (es idiota hablar de las paredes de un avión, aunque es una casa, una casa que vuela con paredes raras y techo) están llenos de palabras, rumores, conversaciones, una turca que habla con Z en un inglés de Costa Rica, altoparlantes, *attachez vos ceintures, s'il vous plaît*, Z que insiste en preguntar qué piensa, si quiere mirar ese cuadradito del frente que dice alturas, mapas, posibilidades de películas, juegos, perfecciones como la hierba resplandeciente de Benjy Compson en el libro de Faulkner, ese idiota lleno de sonido y furia, Shakespeare mediante. Qué pensás, tal vez Z no pregunta qué piensa porque Malahierba es la que lo piensa, piensa en qué piensa, y no quiere pensar, porque enseguida

*el perro mirando a la luna, la escalera en la noche, el lugar imantado y abajo
y abajo*

algo que se aparece como un golpe en la mandíbula. Algo que está *abajo* del perro ladrando a la luna, con la escalera hacia ninguna parte, junto al perro y a la luna en una pared, una pared real, y los días donde estaba el perro, la luna, la escalera hacia ninguna parte, entrando a empujones, arrancando el sol con esas uñas negras, lastimándolo; lo negro corriendo por las habitaciones, el ruido de lo negro y tal vez la luz y la sed, ladrando hacia la angustia. Eso de otro tiempo: cabello claro, un poco largo, la voz de adolescente, la risa que pocas veces llegaba a los labios, la ironía, como cuando *alguien* hacía mímica en un teatro de Montmartre, las manos que dibujaban o que volvían y volvían en el piano aquella estructura de notas.

Lo ve. Alguien. Es él: *alguien*. Enseguida quiere ahuyentar la maldita imagen, la emputecida imagen de Alguien, la simple aguja de reloj nuevo que crece, que engorda, que sube, que trepa, que se arrastra, que es más que una aguja, que es como la señal de la consistencia de las cosas, acerca la cara a la otra cara que le pregunta estás bien, sí, sí, por supuesto, y se ríe, mientras hay en el pasillo un inevitable *désirez-vous quelque chose*, con expresión de azafata aburrída de viajar los mismos viajes con los mismos muñecos de resorte, no sabe que estoy viendo *esa imagen* piensa Malahierba y Z ríe observando cualquier cosa y pronto se duerme por el inevitable aburrimiento.

Pero Luciana Barthe o Malahierba o como se quiera llamar a esa mujer, cierra los ojos, pero no se duerme. Cierra los ojos y crece el perro y

eso que está abajo

y más abajo

cruzar el Petit Pont hacia la calle de Santiago, llegar a los vidrios azules de la Sainte Chapelle y Alguien que me decía que siempre en cualquier parte habría un perro, la mordedura de un perro, la aparición de una realidad más verdadera, porque hay un momento, decía, en que se te resbalan las palabras, y ya estás diciendo otra cosa, querés subir por una escalera a la luna, te das cuenta de que ya se dilató el tiempo, se te formaron pozos en el ojo y estás viendo otra cosa distinta, como ahora por ejemplo, en que te quiero decir, lo que te quiero decir

entonces le dije que no, que no me estaba queriendo decir más que lo de siempre, y Alguien: sabías que esta isla estuvo en un tiempo la Cité rodeada de murallas, por los normandos, pero una repentina inundación se llevó el puente, y Alguien también dijo: a furore Normannorum libera nos Domine, y yo: pero la isla volvió a aislarse para que los normandos quedaran en las pesadillas, y Alguien insistió: si están en las pesadillas es que están en alguna parte,

y yo: es posible despertarse después de las pesadillas
puede oír la voz de Z en medio de la ecuación mal hecha:

-Estás durmiendo, cómo era eso de que no dormís en los aviones.

-No dormía, cerraba los ojos.

-Y roncabas.

-Qué mentira. Vos eras el que roncabas. Dormías con la boca abierta, como los viejos.

Z se ríe. Malahierba también se ríe, aunque la risa de Z le molesta, como le molestaría cualquier cosa que no fuera de *abajo*, aunque al minuto ya hay un regreso del perro y

abajo

supiste que este Pont au Change fue construido primero de madera y ardió varias veces, dijo Alguien, y yo: pero lo reconstruyeron, y Alguien agregó: también lo arrastraron las aguas, después las casas se quemaron en 1621, y yo: lo volvieron a rehacer, y Alguien: ese puente que cruzamos, el Petit Pont, fue destruido en dieciséis ocasiones, además hubo una mujer que hizo una promesa, colocó una vela encendida sobre una escudilla, se prendió fuego un barco, un puente, y varias casas, quien te dice el fuego debe haber llegado a la nuestra porque yo

mira a Z dormido y se pregunta qué está haciendo en ese avión, adónde va, por qué, para qué, hacia dónde, cuál es el sentido, el significado, el significado del sentido, la rabia de ese dios sordo, de ese mundo de perros colgados de la noche hacia ningún lugar, porque ya no hay perros, ni lunas, ni noches, ni resulta bueno seguir pensando.



Una mujer argentina de mediana edad viaja por aparentes razones laborales, con un amigo, a Barcelona, Madrid y París, en la primavera del 2000. Desde que el avión sale de Buenos Aires la empiezan a asaltar obsesivos recuerdos de la infancia, unidos a un cuadro de Joan Miró "Perro ladrando a la luna", de capital importancia en su vida. A partir de ese momento y durante todo el trayecto, los recuerdos forman un mundo lateral y empiezan a sucederle incidentes raros, encuentros con gentes de otro tiempo, conectados con episodios de la dictadura de 1976 y las desapariciones provocadas por la siniestra Triple A. Hasta que todo se vuelve una verdadera travesía iniciática, cada vez más extraña, y los enigmas se multiplican. Hacia el final, entra en la verdadera travesía, el verdadero sentido del "viaje" y de la memoria. Esta narración, llena de suspenso, casi onírica, marca el regreso de la autora de "Pequeña música nocturna" (Premio Planeta 1998), "Summertime" y "Hace miedo aquí", novelas significativas en la narrativa argentina.

